EL PUNTO
DE LAS ARTES

Madrid, 13 al 19 de enero de 1989

José Joven, carne y voz de la materia

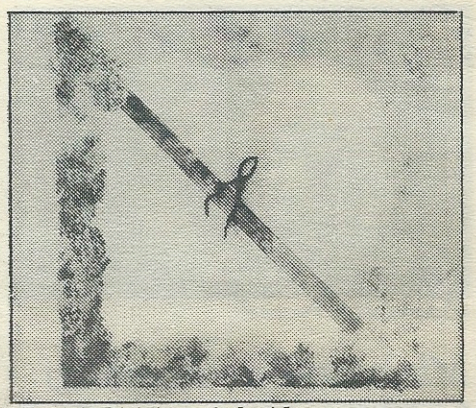
CARNE suntuosa y ordenada, voz de terciopelo hollado por la sensibilidad y la insistencia. Círculos, esferas, soles de azabache entre el resplandor. Conjunción de contrarios, el árbol de la vida, cruciforme y dramático. Diagonales de cera, que delimitan espacios y actitudes; lazos que ligan la abstracción a la vida: signos entrañables y mistéricos, huellas de certidumbre, señas de identidad.

La plenitud del blanco haciéndose atmósfera de la tensión, el misterio agazapado. Y sobre el lienzo: los cuatro elementos, polvo de piedra, ceras, líquidos, barnices, pigmentos, fuego y aire, impulsando y corrigiendo su aventura creativa.

José Joven, Sabiñán (Zaragoza), 1959, es licenciado en Bellas Artes y ya en 1982 obtiene el premio Francisco Alcántara de pintura. Concurre a varios salones de pintura joven, a colectivas y a numerosos certámenes, consiguiendo varios galardones: premio de dibujo del Ayuntamiento de Madrid, premio Bienal de Pamplona, premio Vázquez Díaz, premio Eugenio Hermosos, y muy reciente el Ciudad de Parla de pintura. Esta es su primera comparecencia personal.

Una primera exposición es un cataclismo de urgencias y de gloria; el artista quiere vaciarse, contar todo lo que ha visto y lo que sabe; se le agolpa, en el pincel, la luz, se le escapan celosas vaharadas de materia y se hace serio y denso, como una voz redonda y grave.

Cuando pase el tiempo, el pintor se irá despojando de sus temores, se irán manifestando los terrenos más propios de su quimera, se dispondrá a alcanzar el sol y degollará la noche, para que amanezca acompasadamente.



«Espacio Dividido», de José Joven

Cuando pase el tiempo, el artista será otro, más depurado, más liviano, pero no más auténtico. Todo ello nunca hubiere sido posible sin este primer paso, válido, certero, ambicioso, en el que algunas resonancias condicionan su voz más pura, pero en el que evidencia una extraordinaria orientación artística y una rara habilidad para cautivar.

No se perciben titubeos, sino tentativas; no se ven carencias, sino densidad; cuando la imagen se contagia de la idea, se produce un estallido en el que el bistre y el claror se imbrican, para establecer un equilibrio, el orden sereno de su interior, que se hace lujosa epidermis de lo que siente y lo que añora, con una sensación de madurez, que va más allá de su apellido y de su edad. *(Galería Emilio Navarro. General Arrando, 7. Hasta el 31 de enero.)*